

Bibliotecas de Tijuana, en el foso del castillo

En el mapa, visto desde un helicóptero, a Tijuana y San Diego les separa una pura línea recta. A las bibliotecas públicas de ambas ciudades, un poco más: 1.940.000 libros, en enero de 1996. Las de San Diego tenían dos millones, las de Tijuana sesenta mil. Para una población semejante (en número).

Al salir del aeropuerto de Tijuana lo primero que se ve, a 20 metros, al otro lado de la carretera, es la valla metálica (un metro menor que el muro de Berlín), colocada por la administración estadounidense a lo largo de la frontera: por los cerros, a un lado de las autopistas, en la playa, hasta cien metros dentro del mar. La valla es reciclada. Antes, sus planchas metálicas sirvieron para que los bombarderos aterrizaran en el suelo arenoso de la guerra del Golfo.

Además de la valla o, en otras zonas, red metálica, un complejo sistema de tecnología militar (sensores sísmicos que detectan cualquier tipo de movimiento, helicópteros que por la noche usan luz infrarroja, termómetros que registran el calor emitido por el cuerpo humano, cámaras infrarrojas, sensores de los utilizados en los conflictos bélicos para detectar submarinos *enanos* y buzos...) se ha instalado a lo largo de los 3.200 kilómetros de frontera. La patrulla fronteriza estadounidense (*border patrol*) incrementará su número de agentes de 6.300 en 1998 a 10.300 en 2001. Es el precio a pagar por no disponer de un estrecho de Gibraltar.

Entre noviembre de 1997 y octubre de 1998, las autoridades fronterizas estadounidenses realizaron 1.513.680 aprehensiones de indocumentados. A partir de entonces, en lo que llevamos transcurrido, las detenciones han aumentado todavía en un casi 10%.

El año pasado, al menos 145 personas murieron al intentar cruzar la frontera (sólo en el tramo de California), un 63% más que el año anterior. En 1996 un promedio de 1.400 personas eran repatriadas diariamente y los fines de semana unas 2.000. El escritor Federico Campbell, autor de *Tijuanenses*, lo describe así: "La línea tiene una cerca metálica. De la Costa a Otay. Un pedazo más en Tecate. Una cerca de alambre en los linderos de Mexicali. Del lado norteamericano, 1.600 agentes de la patrulla fronteriza. Del lado mexicano, por lo menos otro tanto de migrantes indocumentados que son detenidos al intento de cruzar. Del lado mexicano operan los grupos Beta y Alfa para proteger al migrante. ¿Cuántos logran pasar cada día? ¿200? ¿300? ¿500? Es difícil saber. Algunos han perdido la vida en el intento. Por las dificultades del terreno, por inanición, por hipotermia, por accidentes automovilísticos".

Más allá del color, religión o costumbres, algo identifica a los mexicanos o centroamericanos que llegan a Tijuana con los africanos que en una playa se suben a una patera: la aspiración de buscar un sustento para su familia (en el sentido amplio del latinoamericano o africano) o una oportunidad para su vida. Esto, además de en la lírica, tiene una traducción en cifras contantes y sonantes: el salario mínimo para el mexicano en Estados Unidos sigue siendo, como antes de

1986, de 4.5 dólares (675 pts.) la hora, ocho veces mayor que el salario promedio del trabajador en México. En un lado se tarda una hora en ganar en lo que en el otro ocho, en un mes lo que allí en ocho. La misma persona, el mismo trabajo, la misma capacitación.

Desde hace 40 años un fantasma recorre la línea fronteriza por el lado mexicano: la instalación de *maquiladoras*, esto es, factorías de capital extranjero que, en busca de bajos salarios y ninguna exigencia medioambiental, se dedican a ensamblar partes de un producto fabricadas en otros lugares. Tijuana es uno de los puntos principales de este tipo de factorías, con más de 200 maquiladoras donde trabajan unas 138.000 personas. Tijuana, entre otras cosas, se auto-proclama la capital mundial de los televisores: allí se producen 7 millones al año, 70% de la producción mundial.

Tijuana quizás sea el purgatorio para miles de personas que, tras atravesar miles de kilómetros, divisan la tierra prometida al otro lado de la valla, pero difícilmente será considerada el paraíso por nadie, salvo para compañías como Samsung, Sony, Sanyo, Hitachi, Matsushita... que allí instalan las "experimentales" condiciones laborales del futuro: prohibición de sindicatos, despido de operarias embarazadas, *laissez faire* en emisiones contaminantes, salarios bajos. Y así, mientras las murallas visibles e invisibles de los países ricos se hacen más y más inexpugnables, los gobiernos de los países no tan ricos se postran y suplican a las grandes compañías multinacionales que, por favor, pongan una *maquiladora* en su vida.

Tijuana es también la tierra del semanario *Zeta*, que dirige Jesús Blancornelas, Premio Mundial a la Libertad de Prensa Unesco-Guillermo Cano 1999 por las investigaciones relacionadas sobre el tráfico de drogas. En 1997 Blancornelas fue baleado por diez gatilleros apostados en cuatro esquinas. Su chófer, Luis Valero, le cubrió con su cuerpo. Recibió 38 disparos. El coche tenía 138 orificios de entrada. Blancornelas cuatró y sobrevivió.

El crecimiento de Tijuana ha sido espectacular. Hasta hace no mucho era un pueblito. Fundada a fines del pasado siglo, en los años veinte, con apenas un poco más de mil habitantes, y gracias a la promulgación de la "Ley Seca" de Estados Unidos, se convirtió en el abrevadero más cercano para miles de

estadounidenses en busca de alcohol, mucho alcohol. Función que hasta hoy se mantiene. Fueron los años de la instalación del Casino y después vendrían hipódromos, galgódromos y hasta un elegante frontón de Jai Alai. Con la llegada del gobierno revolucionario de Lázaro Cárdenas, el Casino sería clausurado y, con el objeto de integrar a la nación los lugares más apartados del país y combatir el desmadre de la ciudad, se inauguró en 1938 una biblioteca pública: con 2.222 libros. En aquellos momentos Tijuana ya contaba con 16.500 habitantes, que serían 60.000 en 1950, hasta llegar a 1.200.000 oficialmente en la actualidad y unos dos millones como población real. Tijuana tiene un índice de crecimiento anual, hoy en día, del 5'8%, uno de los más altos del planeta. El crecimiento natural es de 1'8%. El resto es debido a la migración. Mucha población flotante que, en no pocos casos, carece de una tarjeta de identificación y que ansía tener algo oficial: por ejemplo, ¿el carnet de socio de la biblioteca! Quizá en ello Tijuana tenga otro récord: el de la tarjeta de biblioteca más codiciada del planeta. Todo un problema.

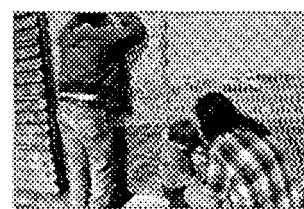
Cada año, podríamos decir, a la misma Tijuana le crece en su interior una ciudad de 80.000 nuevos residentes. ¿Cómo dotar de infraestructuras y servicios a los nuevos asentamientos? ¿Queda algo para las bibliotecas públicas?

Bibliotecas públicas en Tijuana

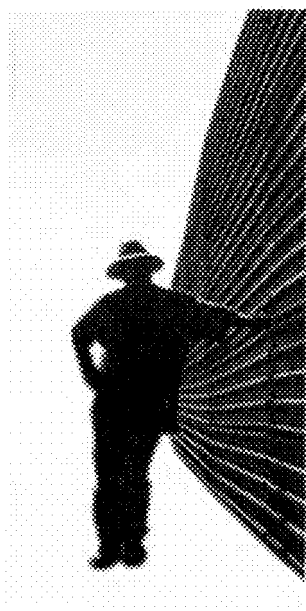
Tijuana no ha sido tierra de bibliotecas. En 1968 se abrió la Biblioteca Pública Ignacio Zaragoza, la más antigua de las 20 actualmente existentes (19 municipales y una regional). Situada en un parque de la zona céntrica de la ciudad, es la segunda en cuanto a número de volúmenes: unos 12.000 actualmente, 5.646 a principios de 1996. Unos 170 usuarios acuden diariamente, la mitad de ellos jóvenes entre 14 y 19 años. 70 puestos de lectura (48 para adultos y 22 para niños) y 7 bibliotecarios (4 por la mañana y 3 por la tarde) completan los medios de esta biblioteca que, en palabras de su encargado, Gil Sánchez, "no puede satisfacer la demanda existente, al igual que la mayor parte de las otras bibliotecas de Tijuana. En estos últimos diez años ha



Elsa Medina. *La Jornada*



Elsa Medina. *La Jornada*



variado mucho la percepción de la sociedad de Tijuana, incluidas las autoridades, de lo que es y puede proporcionar una biblioteca pública". Es también el caso que se da en la Biblioteca Pública Gustavo Aubanel, enclavada en una de las zonas más transitadas de la ciudad, en el cruce de dos grandes arterias. Allí, nos señala Luz María Orozco, su bibliotecaria encargada, no es raro ver gente haciendo fila a la puerta de la biblioteca, "como en un buen restaurante", esperando que se libere alguna de las 70 sillas con las que cuenta. La mayor parte de los que acuden son jóvenes de hasta 18 años y la realización de tareas escolares una de las funciones principales que dan a la biblioteca. Pero sus bibliotecarios invierten sus fuerzas en llegar a usuarios con otros intereses. Realizan programas de lectura para niños, también con el objetivo de llegar a sus madres (organizando, por ejemplo, talleres de costura y poco a poco introducir las en el mundo de la lectura). También fomentan el club de amigos de la biblioteca con el objeto de promover la biblioteca entre el vecindario y fomentar las donaciones por parte de maquiladoras o comercios, y presentar los servicios de las bibliotecas en las escuelas.

A principios de 1998 se constituyó el Instituto Municipal de Arte y Cultura, organismo descentralizado del gobierno municipal, que en este tiempo ha redefinido los programas y objetivos del Sistema Municipal de Bibliotecas Públicas. Uno de los objetivos específicos, además de ampliar la infraestructura bibliotecaria y automatizar en su primera etapa la Coordinación Municipal de Bibliotecas, es, cosa todavía más compleja, "involucrar directamente a la sociedad en general, en el diseño, seguimiento, mantenimiento y promoción de los programas bibliotecarios a través de clubes o patronatos". Algo de esto se va consiguiendo, como la implicación de los habitantes de una colonia de clase media en la creación y mantenimiento de la Biblioteca José María Morales y Pavón, a escasos metros de la playa, o la constitución de una sección en la Biblioteca Gustavo Aubanel, antes citada, a partir de libros donados por la población. Para Sergio Zaragoza, bibliotecario y recién licenciado en Derecho, el reto todavía se ve lejano: "al otro lado de la frontera, la sociedad y las asociaciones participan con la biblioteca, lo que aquí todavía no hemos conseguido. En

parte, porque no podemos ofrecer más, porque no vamos a poder, en la situación actual, responder a unas expectativas que estimulemos. Los espacios son reducidos, el acervo bibliográfico es mínimo. Y somos nosotros, los bibliotecarios, los que estamos ante el público, los que tenemos que decir "lo siento, no tenemos", "no se puede", y agachar la cabeza".

El camino a hacer, recién comenzado, es largo. Desde hace cuatro años se cuenta con mayor presupuesto para las bibliotecas y desde entonces el municipio, por primera vez en su historia, destina una partida presupuestal para la adquisición de libros. Otro pasito. Hasta el momento ha sido exclusivamente la Red Nacional de Bibliotecas Públicas la que, en dos remesas semestrales, surtía de libros a cada biblioteca: unos 700 al año. Y son 300.000 los usuarios que anualmente acuden a las bibliotecas públicas tijuanaenses.

Un ejemplo del abandono en que se encontraban las bibliotecas públicas de Tijuana se desprende de lo dicho por el bibliotecario Reyes Carrillo a la prensa con motivo del cambio de coordinadora en el Sistema Municipal de Bibliotecas, el pasado abril. Refiriéndose a la coordinadora saliente señalaba: "Ella era una excepción, estaba entre la poca gente interesada en trabajar en bibliotecas, que no lo consideraba como un castigo".

Los bibliotecarios de Tijuana le echan ganas (servicio bibliotecario al Consejo Tutelar de menores, lectura de teatro en atril, promoción de la expresión escrita...). Lo de las bibliotecas se lo creen. Algo así comenta Sergio Zaragoza: "Los bibliotecarios de San Diego cuando vienen para acá se muestran sorprendidos de nuestra creatividad. Porque, claro, vas allí y lo tienen todo. Para nosotros es algo que nos da orgullo: con unos presupuestos mínimos pero esto es lo que hacemos. Y ese es el milagro de las bibliotecas aquí en Tijuana". Doña Nati Ocaño, de la Biblioteca Pública Braulio Maldonado, a 750 metros de la frontera, quiere añadir algo: "Aquí hay un trato más personal con el usuario que en el otro lado. Pláticas, le preguntas por sus cosas, el usuario te corresponde de muchas maneras. Te viene con un dulcecito...". ■

Ramón Salaberria